

época encontramos huellas de la fiesta de Navidad. Los fieles se disponían á esta solemnidad suprema por medio de una noche preparatoria (*vigilia*). Por último, según lo hemos indicado anteriormente, los Cristianos celebraban sobre la misma tumba de los Mártires el aniversario de su muerte como el día de su verdadero triunfo y de su nacimiento (*natalitia*); siendo la más antigua de dichas festividades la de los santos Inocentes de Belén (*flores martyrum, festum Innocentium*).

En un principio, se reunían los Cristianos en casas particulares, sirviéndoles de asilo y de punto de reunión durante las persecuciones los bosques, las cavernas y toda clase de retiro, pues toda la tierra, al decir de los Doctores de la Iglesia, es el templo de Dios. También se reunían en las cárceles, en las catacumbas y en los sepulcros de los Mártires en torno de los cuales se erigieron las primeras capillas. No debe tomarse á la letra la asercion de los apolo-gistas del Cristianismo cuando dicen que los Cristianos no tenían templos ni altares. Lo que querían decir con esto es, que entre los Cristianos no había, como entre los judíos y los Paganos, un templo donde se creyese que estaba Dios presente exclusivamente. Testimonios irrecusables prueban que en el siglo III se erigieron muchas capillas y templos cristianos. Según Eusebio, principiaron á edificarse muchas iglesias en las ciudades durante el pacífico intervalo que medió entre la persecucion de Valeriano y Diocleciano, siendo la más notable por su magnificencia y su belleza la edificada en Nicomedia ¹.

Habiéndose formado y desarrollado hasta entonces las *Bellas Artes* bajo el influjo del Paganismo, y no habiendo servido sino para glorificar á los dioses de las naciones idólatras, no es de extrañar que los Cristianos se sintiesen poco dispuestos en favor de estos poderosos medios de propagar el error ². Así es que los primeros templos eran tan extremadamente sencillos, que solo contenían sitios diferentes para los hombres y las mujeres, un lugar reservado para las cosas santas (*chorus*), donde no entraban más que los eclesiásticos y donde estaban las sillas del Clero ³, y una simple mesa

¹ Euseb. Hist. eccl. VIII, 1-3, X, 4.

² Cf. Juan, IV, 24.

³ Euseb. Hist. eccl. X, 4. Serm. sobre la edificac. de una iglesia.

(*mensa sacra mystica*). Insensiblemente se fué introduciendo el gusto por las representaciones simbólicas de los hechos del Cristianismo y el uso de sellos sagrados, copas y lámparas: también se fueron adornando las paredes de las casas con la imágen de la cruz, del buen Pastor, del pescador, del pescado (I X O Y S), de una barca (la Iglesia), un áncora, palomas, palmas, lirás (almas cristianas), corderos, gallos, etc. Todos estos signos se reprodujeron rápidamente en los sarcófagos y en las paredes de las iglesias, como lo prueban las decisiones del sínodo de Elvira, contrarias á estos usos ¹.

§ XCIV.

Influjo del Cristianismo en las costumbres: matrimonio: ascetismo: sepultura.

Nunca desconoció la Iglesia católica la *dignidad del matrimonio* ², á pesar de la alta estimacion que tenía por la virginidad. La Iglesia consideraba esta virtud como un don especial y sobrenatural que la práctica del Evangelio puede obtener del cielo ³, respondiendo de esta manera á la exageracion de ciertas sectas cristianas y á la molición de los Paganos. Asimismo profesaba la doctrina

¹ Conc. Elliberit. can. 36. Placuit picturas in ecclesia esse non debere, ne quod colitur et adoratur in parietibus depingatur. (*Mansi, t. II; Harduin, t. I*).

² Ignat. ep. ad Polycarp. c. 5. — Justin. Apolog. I, c. 15: «Muchos septuagenarios, hombres y mujeres que fueron cristianos desde su juventud, se conservan aun vírgenes, y yo podría mostrarlos en todas las clases de la sociedad.» — Athenagor. Legat. pro Christian. c. 33, habla de lo mismo, añadiendo: «Porque lo que es propio de los Cristianos no es hablar, sino obrar y probar su convicción con sus obras.» (*J. Gaume, Historia de la familia*).

³ Const. apostol. VI, 10 et 11: Partim haereticorum docent non esse nubendum, esseque à carne abstinendum et vino, execrabilia enim esse nubere et procreare liberos et cibos capere; — mas la doctrina católica ha dicho: — Omnem creaturam Dei bonam esse dicimus, et nihil esse ejiciendum ut malum: immò id omne, quod ad sustentandum corpus justè sumitur, optimum esse; cuncta enim, ait Scriptura, erant valdè bona: legitimum conjugium et generationem filiorum honorata et munda esse credimus, ad augendum enim genus hominum formata est in Adam et Eva figurae diversitas. (*Mansi, t. I; Galland. Bibl. t. III*).

na de que una gracia particular del Espíritu Santo santifica la union íntima del hombre y de la mujer. *Tertuliano* llama al matrimonio un gran Sacramento ¹, y *san Ignacio* sostiene que debe de ser contratado ante el obispo ², hablando tambien *Tertuliano* ³ y *Clemente de Alejandria* de esta misma bendicion episcopal. Contraido de esta manera el matrimonio, se consideraba indisoluble, aun cuando la fidelidad conyugal hubiera sido gravemente violada; y *Clemente de Alejandria* dice expresamente que el esposo que se casa durante la vida del otro esposo se hace culpable de adulterio ⁴. Segun el error de los Montanistas ⁵ no consideraba la Iglesia como ilícito un segundo matrimonio ⁶, sin aptóbarlo formalmente. El matrimonio entre *cristianos y paganos* era tenido por inválido y severamente vituperado ⁷ por no poderlo sancionar la Iglesia. Con todo se toleraban esta clase de matrimonios, si habian sido contraidos antes de la conversion de cualquiera de los cónyuges ⁸. Por lo demás, *Tertuliano* ⁹ señala todos los inconvenientes de estos matrimonios, que lastimaban en muchas circunstancias el sentimiento cristiano: «Cuando los Cristianos, dice él, se reunen á orar en comun, el marido dispone que se vaya al baño; cuando la Iglesia

¹ *Tertull.* de Anima, c. 11: «Nam et si Adam statim prophetavit, magnum illud sacramentum in Christum et Ecclesiam. Hoc nunc os ex ossibus meis et caro ex carne mea, propter hoc relinquet homo patrem et matrem, et adglutinabit se uxori suae, etc.» p. 314.

² *Ignat.* ep. ad Polycarp. c. 5: (*Hefele*, Patr. apostol.).

³ *Tertull.* ad Uxor. II, 9.

⁴ *Clem. Alex.* Stromat. II, 23: Cf. *Mæther*, Patrolog. t. I.

⁵ *Clem. Alex.* Stromat. II, III, 11: Cf. *Kléé*. Hist. de los dogmas, p. 23. Posteriormente *san Ambrosio* se expresó así sobre las segundas nupcias: «Neque enim prohibemus secundas nuptias, sed non suademus. Alia est enim infirmitatis contemplatio, alia gratia castitatis. Plus dico, non prohibemus secundas nuptias, sed non probamus saepe repetitas.» *De viduis*, c. 11: (Opp. ed. Bened. t. II).

⁶ *Tertull.* de Exhortat. castit. c. 5: «In utraque (nativitate carnali in Adam, spiritali in Christo) degenerat, qui de monogamia exorbitat.»

⁷ *Tertull.* de Monogam. c. 7: «Et illa nuptura in Domino habet nubere, id est non ethnico, sed fratri, quia et vetus lex adimit conjugium allophylorum.» — Cf. c. 11: «Ne scilicet etiam post fidem ethnico se nubere posse praesumeret, etc.» — *Cypr.* de Lapsis: «Jungere eum infidelibus vinculum matrimonii, prostituere gentilibus membra Christi.» (Opp.).

⁸ I Cor. VII, 12, 16.

⁹ *Tertull.* ad Uxor. II, 3-7; especialmente c. 4.

«ayuna, los esposos celebran un festin: en ninguna ocasion son mas numerosos y exigentes los negocios del matrimonio, sino cuando los deberes de la caridad cristiana llaman á la mujer fuera de su casa. Y en este caso, ¿dónde encontrará su espíritu el alimento de la vida? ¿Dónde la bendicion divina? ¿Cómo se alimentará su fe?»

Aun cuando los Cristianos conservaban sus relaciones con el mundo, tenian sin embargo cuidado de retirarse durante algun tiempo, consagrando ciertos dias, especialmente los de ayuno y penitencia, á largas oraciones y al mas profundo recogimiento. Unos distribuian á los pobres cristianos los ahorros de las privaciones; y otros, mas fervorosos aun, se sometian gustosos á un ayuno casi continuo, y se retiraban completamente del comercio del mundo. Estos en su mayor parte permanecian sin casarse ¹. Siquiera se puedan encontrar algunas prácticas de mortificacion análogas entre ciertos filósofos de la Grecia, los motivos de estos últimos diferian completamente de los de los Cristianos: así es que el verdadero ascetismo no ha nacido sino con el Evangelio, siendo en el siglo III y durante las persecuciones de Decio cuando los espíritus comenzaron á sentirse impelidos hácia la vida retirada y austera. El Egipto ofrece los primeros ejemplos. Entre la multitud de los que, huyendo el peligro, se refugiaron á los desiertos, se encontraron los ascetas, para los cuales llegó á ser tan querida la soledad en virtud del comercio no interrumpido en que vivian con Dios, que ya no volvian al mundo. Estos tomaban el nombre de *anacoretas*. *San Pablo de Tebas* ² (nacido por los años 228) pasa por haber sido el primero. Siendo muy joven aun, y huyendo de la persecucion de Decio, se habia retirado á la gruta de una montaña solitaria, cuyas palmeras le proporcionaban á un mismo tiempo alimento y vestido. De esta suerte vivió desconocido en el mundo durante noventa años, siendo descubierto poco antes de su muerte (340) por *san Antonio*, verdadero fundador de la vida cenobítica. Su maravillosa historia, escrita durante el período siguien-

¹ *Atenagor.* dice que la continencia de los ascetas se apoya en la esperanza que abrigan de unirse por este medio mas estrechamente á Dios. Cf. I Cor. VII, 35; y *Clem. de Alej.* Strom. III, 15, celebra ya esta castidad.

² *Hieronym.* Vita S. Pauli eremitae (*Hieronym.* Opp. ed. *Vallarsi*, t. XI).

te por el gran Atanasio, ha quedado para la posteridad como acabado modelo del cenobitismo.

Los apologistas cristianos comprendieron perfectamente la gloria que reportaría la Iglesia de esta heroica vida de mortificación y de abstinencia, y llamaron la atención del mundo hacia la fuerza que el Cristianismo era capaz de comunicar á un siglo sumido en la abyecta esclavitud del pecado y de la sensualidad.

Cuando los Cristianos estaban enfermos y á punto de morir, se llamaba á los sacerdotes ¹, según lo había recomendado el apóstol Santiago, á fin de que acudiesen á fortalecer y sostener en el trance supremo por medio de la *uncion sacramental* ² al agonizante. Ya no se quemaban como entre los Paganos los despojos mortales del hombre, sino que se entregaban á la tierra acompañados de las oraciones y cantos de la liturgia, considerándolos como los restos de un templo donde había morado el *Espiritu Santo* y que un día había de levantarse glorioso de la tumba para resucitar á nueva vida ³. La conmemoración anual de los muertos conservaba la comunión entre los vivos y los que no existían ya en este mundo, probando de esta suerte los Cristianos, y en todo tiempo y lugar, que no consideraban la muerte sino como el tránsito á una vida mejor, como la condición de la unión definitiva con Cristo, y por consiguiente como una verdadera ventaja ⁴.

¹ Santiag. v, 14.

² Origen. in Levit. homil. II, n. 4. (Opp. t. II).

³ Clement. Roman. ep. ad Corinth. c. 24 sq. — Justin. Apolog. I, c. 49. — Athenag. de Resurrect. — Tatiani or. c. 6. — Tertull. Apolog. c. 48 y en los diversos símbolos de la fe. — Iren. Contr. haeres. I, 40. — Tertull. de Praescrip. c. 13. Cf. con especialidad Minut. Felicis Octavius, c. 34: — «Corpus omne, sive arescit in pulverem, sive in humorem solvitur, vel in cinerem comprimitur, vel in nidorem tenuatur, subducitur nobis; sed Deo elementorum custodi reservatur. Nec, ut creditis, illum damnus sepulturae timeamus, sed veterem et meliorem consuetudinem humandi frequentamus. Vide adeo quam in solatium nostri resurrectionem futuram omnis natura medietur.» (Galland. Bibl. t. II). Cf. Cicero, de Legib. II: «Mihi quidem anti-quissimum sepulturae genus id videtur, quo apud Xenophontem Cyrus utitur: — redditur enim terrae corpus et ita locatum ac situm, quasi operimento matris obducitur.»

⁴ Phil. I, 21.

§ XCV.

Vida religiosa y moral de los Cristianos.

En vista de lo que acabamos de apuntar, podemos ya apreciar en general la moralidad y la piedad de los Cristianos. Para esto debemos colocarnos en su primera época y juzgarlos comparándolos con los Paganos. Al efecto diremos con el ilustre mártir san Justino ¹: «Los que antes (como yo) eran esclavos de la sensualidad, solo encuentran hoy alegría en una vida pura y sin mancha: los que otras veces practicaban los sortilegios y la magia, están ahora consagrados al servicio de un Dios eterno é invisible: los que en otro tiempo preferían el oro á todo, dan ahora cuanto poseen á los pobres: los que en lo pasado se odiaban y no querían tener ningun comercio con hombres extraños por la patria ó las costumbres, despues que vino Jesucristo viven en paz con sus enemigos, oran por ellos, y procuran ablandar á aquellos que los persiguen con su injusto odio.»

«Los Cristianos, dice el autor de la carta á *Diognetes* ², viven en su patria como peregrinos en una tierra extranjera: como ciudadanos, lo parten todo con sus hermanos; como extranjeros, soportan con paciencia todas las adversidades: donde quiera encuentran su patria, pero toda patria terrestre es para ellos un destierro. Se casan como los otros, pero no abandonan sus hijos como el resto de los hombres; viven en la carne, pero no según los deseos de la carne. Habitan en la tierra, mas su verdadera morada está en el cielo: obedecen á las leyes, pero con la pureza de su conducta se ponen al abrigo de toda ley. Aman á todos los hombres, y todos los hombres los persiguen: se les entrega á la muerte, y la muerte es para ellos su completa libertad.»

«Vosotros nos vituperáis, decía *Tertuliano* á los Paganos ³, por-

¹ Justin. Apolog. I, c. 14. Cf. c. 15-17.

² Epist. ad Diognet. c. 5: (Hefele, Patr. apostol.).

³ Tertull. Apolog. c. 39.

«que nos amamos unos á otros, mientras que vosotros os odiais; porque estamos prestos á morir los unos por los otros, al paso que vosotros estais siempre dispuestos á degollaros; porque nuestra fraternidad se extiende hasta la comunidad de los bienes, en tanto que los bienes son los que rompen todo lazo de hermandad entre vosotros; porque nosotros lo tenemos todo en comun, excepto las mujeres, que es precisamente lo único que teneis en comun vosotros.»

«La obra de Cristo (dice por último Orígenes ¹, para completar este cuadro característico) resplandece en toda la humanidad. No existe una sola comunidad cristiana, cuyos miembros no hayan sido libertados de multitud de vicios y pasiones, engendrando cada día el nombre de Jesús una maravillosa dulzura é incomparable caridad en los corazones de aquellos que admiten francamente el Evangelio, no impulsados por miras egoistas é hipócritas.» Y nadie podía desmentir á Orígenes cuando, al referir un hecho conocido de todo el mundo, exclamaba de esta suerte: «Comparados con los Paganos de su época, los discípulos de Cristo brillan como antorchas en el universo.»

Á esta dulzura, á este amor de la paz, á esta pureza de costumbres, á esta castidad virginal, agreguemos ahora el valor heroico que demostraban los Cristianos en las persecuciones, y podremos decir con el gran Cipriano ²: «¡Oh bienaventurada Iglesia, iluminada por la gloria del Señor y glorificada en nuestros dias por el valor de los Mártires! ¡Los lirios y las rosas resplandecen en tu corona, porque eres blanca como la inocencia, pura como el amor, y la sangre de los Mártires hace que seas mas brillante que la púrpura!» Al señalar los Cristianos todas sus acciones con el signo de la Redencion, daban una constante prueba de hallarse profundamente embebidos en la contemplacion de la muerte y la resurreccion ³. Y si á las veces ciertos miembros

¹ Origen. Contr. Cels. I, 67; III, 29.

² Cyprian. ep. 8 (ad martyres et confessores).

³ «Ad omnem progressum atque promotum, ad omnem aditum et exitum, ad vestitum et calceatum, ad lavacra, ad mensas, ad lumina, ad cubilia, ad sedilia, quacumque nos conversatio exercet, frontem crucis signaculo terminamus.» (Tertull. De Cor. militis, c. 3).

aislados de la Iglesia cristiana hicieron alarde de un rigorismo poco ilustrado y de una exagerada austeridad; si algunos han censurado coronar de flores la cabeza de un muerto bien amado ¹, la asistencia á toda clase de espectáculos, todo linaje de galas y de ornato, toda obra de las artes plásticas, el segundo matrimonio y los préstamos á interés; si todo esto es cierto, decimos, bien puede justificarse, ó explicarse al menos, con la resistencia desesperada del Paganismo y del Judaismo, y con la necesidad de oponer principios rígidos á máximas laxas, combatiendo el exceso del mal por medio del exceso del bien. Por lo demás, esto mismo, considerado en su verdadera tendencia, prueba ¡con qué transcendencia, con qué ardor y con qué puro y santo entusiasmo habian abrazado los primeros cristianos los preceptos y la vida evangélica ²!

Tampoco debe olvidarse en este cuadro que vamos delineando los perseverantes esfuerzos de los Cristianos por destruir la esclavitud y reclamar para el esclavo los derechos de una criatura hecha á imagen y semejanza de Dios ³. Los filósofos y escritores paganos no han podido negar este carácter sublime del espíritu cristiano que desea la libertad para todos; y aun cuando el cáustico Luciano ⁴ se empeña en burlarse de los Cristianos como visionarios y soñadores, su misma crítica viene á ser un elogio muy característico. «Á estos desgraciados, decia él, se les ha metido en la cabeza que son inmortales, y por eso toman como un juego la muerte. Habiéndoles dejado su Legislador la conviccion de que todos son hermanos desde el momento en que reniegan de los dioses de la Grecia, adoran al sofista crucificado y viven conforme á sus leyes. Desprecian las riquezas de la tierra considerándolas como bienes comunes, y abandonan su administra-

¹ «Coronas etiam sepulcris dinegatis,» — cargo que Cecilio dirigia á los Cristianos, al cual respondia Octavio: «Evidentemente no coronamos á los muertos: — quum beatus non egeat, miser non gaudeat floribus.» — Minut. Felicis Octav. c. 13. (Galland. Bibl. t. II).

² Cf. Hefele sobre el rigorismo en la vida y las opiniones de los antiguos cristianos. (Rev. teolog. trim. de Tub. 1841, 2.ª entr.).

³ Malher, Abolicion de la esclavitud por el Cristianismo en los primeros quince siglos. (Misceláneas, t. II).

⁴ Luciano, de Morte peregrini, c. 13.

«cion á otras personas de las que ni se cuidan de exigir garantías.»

Siquiera todo cuanto se acaba de decir sea cierto, relativamente á la masa general de los Cristianos de aquella época, y en particular á hombres tales como san Ignacio, san Policarpo, san Justino, san Cipriano, los heroicos Mártires, austeros anacoretas, piadosas vírgenes y matronas que fueron la gloria de la Iglesia y que tanta admiracion nos causan; sin embargo, no podemos pasar en silencio las justas quejas de muchos Doctores de la Iglesia, dirigidas contra los que solo abrazaban el Cristianismo llevados de miras mundanas. Hay que traer á la memoria aquellos que durante las persecuciones renegaban de su Salvador; tener presente á los que hicieron necesario el código amplio de la penitencia; debe pensarse, por último, en aquellos que, por no romper con el mundo, se imaginaban supersticiosamente que les seria llano y fácil gozar de la gloria de Dios de un golpe, recibiendo el Bautismo en la hora de la muerte, sin haberse de antemano preparado con la práctica de ninguna virtud verdadera. Estos tristes recuerdos hacen que no veamos el bello ideal de la Religion y de las costumbres en los Cristianos de los primeros siglos, y nos advierten que en todo tiempo ha habido plantas parásitas entre los florecientes árboles del campo cristiano.

Ojeada retrospectiva.

Al dirigir su vista el historiador cristiano hácia el período que acabamos de recorrer, descubre con gozo que la virtud misteriosa y fecunda del Cristianismo ha transformado y renovado poco á poco la mayor parte del imperio romano, vencedor del mundo, y puede exclamar con *Clemente de Alejandria*:

«Sí, verdaderamente ha convertido Jesucristo las piedras en hombres, atrayendo al Cristianismo á hombres que adoraban piedras. «El Verbo de Dios ha puesto límites á las olas de la mar, ha creado el universo, ha asentado la tierra sobre firmes cimientos; pero tambien ha destruido el imperio de la antigua serpiente que ciega de furor arrastraba á la idolatría al género humano.»

Al propio tiempo ha adquirido el historiador la firme conviccion

de que la Iglesia católica, durante esta sangrienta lucha de tres siglos, no solamente ha podido llamarse, sino que tambien se ha mostrado institucion divina, sintiendo y entendiendo la promesa del Señor: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»

(Véanse al fin del tomo los DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS, núm. IV).